

ner unos veinte años. Inhijambia, que así se llamaba, ha heredado de su padre la energía, el talento, la decisión, y de su madre la dulzura, el cariño, el amor.

Su madre ha muerto hace doce años, y desde entónces su cariñoso padre ha imbuido en su corazón sus más saludables máximas.

Si estas condiciones son apreciables á vuestros ojos, si creéis en la sinceridad de nuestras palabras al aconsejaros deis la preferencia á Inhijambia, dad vuestras órdenes para que salga una embajada á conferenciar con su padre, y para que si consiente en esa union, que tan honrosa es para su familia, y su hija es gustosa, como no dudamos, la acompañen á vuestra presencia.

Quetlahuaca, comprendiendo la razón que inspiraba tan juiciosas proposiciones, dió las órdenes oportunas para la salida de los embajadores.

Eligió para este cometido á personas muy principales.

Les dió las instrucciones convenientes, y cuando todo estaba dispuesto, partieron los embajadores á cumplir la importante misión que se les había confiado.

CAPITULO XCIII.

Negociaciones matrimoniales.



La embajada se presentó con toda solemnidad en Taxicatlan.

Nincholutzco, al saber que llegaba de parte del emperador de México, se apresuró á recibirla.

—Tenemos el honor de participaros, poderoso cacique, dijo, el más anciano de los embajadores, que el gran Quetlahuaca, príncipe de Iztacpalapa y soberano de México, nos envía para haceros una proposición que de seguro ha de agradaros.

—Hablad; yo prometo acceder desde luego á ella, siempre que no atente á amenguar la independencia con que aquí vivimos.

—Al contrario, léjos de atentar á vuestra independencia, trata de estrechar las relaciones amistosas que con él os unen, y confía en que no vacilareis en acceder á sus deseos.

—Explicaos.

—Altas razones de Estado, consideraciones que más tarde sabreis, han decidido á nuestro monarca á elegir esposa. Las razones que han expuesto los teopixques á favor de vuestra hija Inhijambia, la fama de su virtud y su hermosura han hecho que sea la preferida, y venimos á participaros esta noticia con esperanza de que concedereis la mano de la jóven al esclarecido soberano que aquí nos envía.

—Me creo muy honrado con esa predilección del emperador

de México, y podeis asegurarle que mi mayor placer será verle enlazado con mi hija.

Voy, si me lo permitís, á mandar que la avisen para que oigais de sus lábios su opinion, que desde luego confio en que ha de ser favorable á la mision que aquí habeis venido á desempeñar.

Los embajadores hicieron una señal afirmativa.

—Decid á mi hija que la espero, que se presente inmediatamente.

Un instante despues acudió Inhijambia.

—¿Qué me quereis? preguntó al autor de sus dias.

—Hija mia contestó éste, hace tiempo que me preocupaba tu porvenir. Repetidas veces habia pedido á los dioses que te deparasen un compañero querido que te defendiera de las grandes tempestades de la vida.

Yo camino ya al ocaso, la nieve empieza á blanquear mi cabeza, y la idea de dejarte sola en el mundo sin tener quien guie tus pasos, quien te ayude á combatir el huracan de las pasiones, me robaba el sueño, y á medida que ibas creciendo, á medida que se iban desarrollando tus encantos, mi intranquilidad era mayor. Felizmente, compadecidos los dioses de mis martirios, queriendo premiar en tí la virtud de tu desgraciada madre, en tí que eres en todo reflejo de mi querida compañera, me han deparado la dicha de que pueda ofrecerte un esposo que hará tu felicidad y que al mismo tiempo honrará á nuestro linaje por la esclarecida estirpe á que pertenece.

Inhijambia escuchaba atónita á su padre.

Despues de una breve pausa prosiguió éste:

—Sí, hija mia; Quetlahuaca, príncipe de Iztacpalapa y poderoso emperador de México, ha enviado la embajada que aquí ves para pedirme tu mano.

Yo no sé cómo agradecer el honor que nos hace con tan inmerecida predileccion, y yo la he aceptado contando con tu beneplácito.

—Vuestra voluntad es la mia, y agradezco á los dioses que me hayan proporcionado esta ocasion de manifestaros una vez más el cariño que os profeso, lo sumisa que estoy siempre á atacar todas vuestras indicaciones.

—Digna hija eres de la que te dió la vida.

La verdad es que si Inhijambia se habia prestado á secundar los propósitos de su padre, era, más que por el deseo de obedecerle, porque comprendia que aquel enlace podia facilitarla el medio de realizar una idea que hacia tiempo no se separaba de su mente.

Habia conocido á Guatimotzin, se habia enamorado de él muy niña aún, y al saber que no correspondia á su cariño, y posteriormente que habia unido su suerte á la de Guacalculinla, ansiaba por momentos la ocasion de vengarse.

Dando su mano al soberano de México, seria un vasallo suyo el desagradecido amante, y podria fácilmente hacerle sentir el peso de su venganza.

Todas estas ideas cruzaron por la imaginacion de la india con la rapidez del relámpago, y por esta razon se apresuró á aceptar las proposiciones que llevaban los embajadores de Quetlahuaca.

Pero la verdad es que lo que creia Inhijambia deseo de venganza, era el amor, no extinguido aún en su corazon, que profesaba á Guatimotzin.

Los emisarios que asistian á aquella escena no se cansaban á contemplar la radiante belleza de la jóven india.

En efecto, no cabe imaginar nada más bello, nada más tranquilo, nada más angelical que su mirada.

La delicadeza de su cútis era extremada, y á no ser por el color de ébano, cualquiera hubiera creído al ver la correccion de su figura, que se hallaba en presencia de una europea.

La redondez de sus formas, lo torneado de su garganta, daba nuevo realce á su conjunto y coronaba dignamente los muchos encantos que atesoraba.

Cuando terminó el diálogo que se entabló entre padre é hija, dijeron á los embajadores:

Grande es nuestra complacencia al poder anunciar á nuestro monarca que accede gustosa vuestra bellísima hija á las proposiciones que hemos tenido el honor de haceros.

—Manifestadle en mi nombre, se apresuró á decir Inhijambia, que este es para mí el día más venturoso de mi vida, que mi único anhelo es y será hacerle participar de la felicidad que experimento, y añadid que todos mis desvelos, todos mis cuidados, se dirigirán á hacerle comprender que soy digna de la singular merced que me otorga.

Nincholutzco estrechó cariñosamente en sus brazos á su hija y en tanto que los embajadores despachaban un correo para anunciar á su soberano el feliz resultado de su embajada cerca del cacique de Taxictlan, éste daba las órdenes para alojarlos, dignamente y para preparar un banquete al que debían asistir aquellos altos funcionarios, como fiel expresion de su gratitud al soberano de México por el imponderable honor que le concedía al casarse con su querida hija.

CAPITULO XCIV.

Ceremonias nupciales.



IRCULÓ con asombrosa rapidez por México la noticia del próximo casamiento del monarca, y como en semejantes casos se celebran suntuosas fiestas, todos deseaban llegase el momento para entregarse al regocijo general.

El opulento Quetlahuaca mandó hacer los preparativos necesarios para el recibimiento que se tributase á Inhijambia fuese digno de ella.

Casi al mismo tiempo se preparaba en Taxictlan la comitiva que habia de acompañar á la novia.

Cuando llegó el instante de partir, rompian la marcha unos veinte indios, adornados con penachos de plumas de vistosos colores.

Llevaban en el pecho unas piezas redondas de oro que colgaban de su cuello, y con caracoles de diferentes colores formaban capricosas sargas que rodeaban á las piernas y brazos.

Seguian despues doce navorias (1) perfectamente adornados tambien, y dos de ellos conducian pendientes de un bambú una preciosa hamaca de henequen (2) en la que iba la prometida del emperador de México.

Seguian los servidores de la india engalanadas con vistosas taquiras (3), formadas de cuentas blancas, encarnadas y negras, combinadas con canutos de oro y cuentas del mismo metal.

1 Es un indio, que aunque no es esclavo, está obligado á la servidumbre.

2 Hojas de una planta parecida á la espadaña.

3 Daban este nombre á una especie de pulseras que sujetaban con un broche.

En las orejas y en las narices llevaban zarcillos de oro.

Inhijambia lucía idénticos adornos, aunque más magníficos, y también cubrían vistosas taquiras los tobillos y las muñecas.

El viaje se hizo con toda felicidad, y al presentarse en México salieron á recibirla los altos dignatarios del imperio.

Quetlahuaca no pudo asistir á aquella solemne ceremonia.

En el momento en que se disponía á salir de su palacio se presentó á Litzajaya.

Al verla dió un salto como si hubiera sentido la picadura de un áspid.

—¿Por qué temes? le dijo la india.

El príncipe de Iztacpalapa nada contestó.

—Tu silencio me demuestra claramente que conoces lo inícuo de tu conducta. ¿Te disponías á salir al encuentro de tu prometida? Yo te aseguro que no irás.

—¿Qué intentas? exclamó Quetlahuaca, sobrecogido al ver la actitud de la india y sin atreverse á sostener las furibundas miradas que le dirigía.

—Tranquilízate; solo quiero que escuches mis quejas, que te convenzas de lo indignamente que correspondes á mi cariño, que veas lo mal que pagas los sacrificios que por tí he hecho.

Litzajaya descansó algunos momentos, porque la vehemencia con que hablaba agotaba sus fuerzas.

—Pero considera que mi tardanza en acudir.....

—No tengas cuidado, dijo Litzajaya, interrumpiéndole; tu hermosa prometida te indemnizará más tarde con sus caricias de los tormentos que te causa la impaciencia.

—Pero déjame al ménos que avise, que me excuse de asistir.

—Sí; pero sin salir de aquí.

Quetlahuaca llamó á uno de sus ministros.

Le dijo que se hallaba indispuerto, que recibiese en su nombre á su prometida, y que excusase su asistencia por esta causa.

—¿Has olvidado tan pronto, hombre infame, hombre villano,

hombre desleal, continuó Litzajaya, los juramentos que me hiciste? ¿Acaso para tí nada vale una palabra empeñada? ¿No dijiste que si yo lograba detener en su camino á los españoles te casarías conmigo? Si he cumplido ó no mis compromisos, tú lo sabes; las últimas pérdidas que han tenido los extranjeros podrán decirlo también. Y cuando confiaba en obtener el premio prometido, vas á casarte con una mujer á quien tal vez no conoces, que ningún sacrificio habrá hecho para obtener tu amor.

Se notaba en Litzajaya que una fiebre abrasadora la devoraba.

Su rostro se hinchaba por momentos, y su sangre hervía, produciéndole una picazon insufrible.

—Me siento muy mal, dijo de pronto; aunque, como sabes, conozco todas las enfermedades, no puedo explicarme la que me aqueja en estos instantes. En el país de donde vengo he visto perecer á muchos víctimas de ella. Todos mis esfuerzos han sido inútiles para combatirla..... Voy á pedirte tal vez el último favor..... Compadécete de mí, dispon que me trasladen al lecho y ocúltame en tu palacio hasta que me restablezca.

Quetlahuaca, conmovido ante la triste situación en que se hallaba la india, accedió á lo que pedía.

Mandó llamar á uno de los sabios que se dedicaban al arte de curar las enfermedades, y calificó de incurable la de Litzajaya, añadiendo que viviría breves días.

Quetlahuaca, impaciente por conocer á su novia, cuya belleza habían elogiado cuantos la habían visto, corrió á su encuentro.

Inhijambia, ocultando los sentimientos que ocultaba en el fondo de su alma, le manifestó desde el primer momento un amor tierno, mezclado con una humildad y un candor que fascinaba al monarca.

Este la dirigía devoradoras miradas, porque su extraordinaria hermosura era superior á la de cuantas mujeres había visto.

El amor que le inspiraba Inhijambia le hizo apresurar los preparativos de la boda.

Como hemos dicho en otro lugar, estas ceremonias se parecían mucho á los que celebramos los europeos.

Presentábanse los contrayentes en el teocali, y uno de los sacerdotes, despues de dirigirles preguntas, en las que ratificaban su voluntad de contraer aquel lazo, tomaba con una mano el velo de la mujer y con la otra el manto del marido, y hacia un nudo con los extremos.

De este modo volvian á su casa acompañados del sacerdote y allí daban siete vueltas, segun disponia el ritual.

Este último detalle era indispensable para que al matrimonio fuera valedero.

Para parecerse en todo á nosotros, otorgaba el marido instrumento público á favor de su mujer respecto á los bienes que traia en dote, y sus leyes ordenaban, como las nuestras, que los restituyese á sus parientes en caso de fallecer aquella sin dejar sucesion.

Las bodas se celebraron con gran solemnidad.

Los novios comieron en público acompañados de todos los altos dignatarios de la corte, y durante el festin los bufones lucieron su ingenio, y las músicas dieron más brillo á la fiesta.

Hubo danzas y torneos en la ciudad, y durante tres dias se suspendieron todos los trámites, se cerraron los tribunales, y hasta en el templo no se sacrificó víctima alguna.

Los esposos, que presidieron aquellos festejos, regresaron al palacio, y allí tuvo lugar una escena, á la que vamos á asistir en el próximo capítulo.

CAPITULO XCV.

Una venganza.

Que curandero que, llamado por Quetlahuaca, habia quedado á la cabecera del lecho de Litzajaya para prestarle los auxilios de la ciencia, hizo llegar con el mayor sigilo á oídos del monarca que la enferma se hallaba próxima á exhalar el último aliento, y que le suplicaba fuese á verla.

No bien se presentó, clavando en él su mirada Litzajaya, le dijo con acento de desesperacion:

—Ya estarás contento, porque sé que te has casado.

Quetlahuaca, no queriendo amargar los últimos dias de la enferma, contestó con la mayor serenidad:

—Estás en un error; no solamente me he casado, sino que no me casaré. Si he podido estar obcecado un momento, tus palabras me han recordado mi deber.

Te amo más que á mi vida, y solo contigo contraeria ese lazo

—¡Me engañas!

—Te digo que no.

—Sólo de una manera me convenceré de que me amas, de que vas á ser mio.

—Exígeme lo que quieras.

—Dáme tu mano.

Quetlahuaca obedeció.

La india la estrechó con efusion.

—Dame un ósculo, le dijo, mirándole cariñosamente.